

EL PERISCOPIO

Pío García



BALONAZO DE ORO

ESTA semana tengo que darles las gracias a Florentino Pérez y a Vinicius Júnior, dos hombres humillados, hundidos, sacudidos por la desgracia. La gente siente un placer muy retorcido al ver llorar a los multimillonarios, pero debemos comprender que también tienen su corazóncito. Les queda justo arriba de la billetera; los cirujanos a veces lo han visto.

Cojamos, por ejemplo, el caso de Vinicius José Paixão de Oliveira Júnior, un chaval tan humilde que decidió prescindir de una onomástica tan exuberante para llamarse Vini a secas, como si acabara de salir de las Tres Mil Viviendas y anduviera en patinete por las calles de Sevilla. Florentino, en cambio, hace tiempo que alcanzó la dignidad monárquica de ser conocido solo por el nombre de pila.

El niño Vini juega al fútbol con soltura, pero coge rabietas. Eso no lo ha trabajado bien Vinicius Sénior, que no se ganará la vida como columnista de la revista Ser Padres.

Vini pensaba que le iban a dar el Balón de Oro y se cabreó porque los votantes le dieron el juguete a otro chaval, un tal Rodri. A Florentino, muy convincente en su papel de abuelote que va a los partidos de benjamines en plan mi-nieto-es-el-mejor, eso le dolió mucho y resolvió que el Real Madrid no tenía ni que viajar a París.

Yo les agradezco a ambos esta decisión porque estaba sin equipo, siguiendo lánguidamente los partidos de la Liga, como si viera documentales, y de pronto tengo un aliciente: ojalá bajen a Segunda.

Sería hermoso que, en la próxima gala del Balón de Oro, Vini montara un pollo al verse superado in extremis por Pepe, extremo de la Balompédica Linense, cuando ya saboreaba el puesto número 2.765, que a todas luces merecía.

EN CLAVE DE HUMOR

Ramón



LA VENTANA

José María Romera



RETRATOS

LOS retratos fotográficos ya no son lo que eran. Con la democratización de la imagen han perdido su carácter de documento excepcional para convertirse en gestos cotidianos desprovistos de significado, marcas banales de paso que van a parar al caudaloso río de signos acumulados en el desván de nuestros dispositivos electrónicos. Cuantas más fotos nos hacemos, menos dicen de nosotros. De esta devaluación del retrato ni siquiera se libran las fotos con famosos, ese clásico de la mitomanía de baja intensidad. Antes eran codiciados trofeos de caza con los que lucir un simulacro de amistad, un amago de complicidad, una imprecisa pero concluyente cercanía con el personaje. Ahora, desde que se ha hecho costumbre que los elegidos desciendan a codearse con el vulgo, hasta el punto de ser ellos mismos quienes aprietan el disparador, como estrategia de imagen para ganarse la simpatía popular, apenas si esas imágenes certifican nada que no sea una azarosa coincidencia espaciotemporal. Ha dado que hablar recientemente una foto en la que vemos al empresario Aldama junto al presidente Sánchez a la salida de un acto político celebrado años atrás. Los grupos de la oposición y sus medios afines sostienen que la fotografía demuestra de manera concluyente una estrecha relación entre Sánchez y la trama de corrupción que ha llevado a Aldama a la cárcel por orden judicial. Las redes sociales, por su parte, se han encargado de rebajar este razonamiento al nivel del ridículo mostrando cientos de fotos que llevarían a conclusiones absurdas si se hiciera una lectura literal de las compañías retratadas en ellas. Vi el otro día una foto del chef de un afamado restaurante navarro-madrileño posando al lado de la reina Sofía, quien había acudido a cenar a su establecimiento. La estampa habría sido una más de las que estamos acostumbrados a encontrar en las paredes de tantos locales de hostelería a modo de álbumes murales, si no fuera porque el chef colocaba un brazo en el hombro de la reina en un gesto de insólita familiaridad. Se ve que la cosa promocional se está poniendo muy cruda, hay que dar nuevos giros de tuerca al postre fotográfico tanto si aspiras a presumir de visitantes ilustres como si pretendes obtener pruebas de delitos.

Trampas al solitario

Acabáramos. Cómo no se nos había ocurrido antes. Hagamos a todo el mundo funcionario y terminamos con el paro

EL viernes de la semana pasada se hicieron públicos los datos de la Encuesta de Población activa, la EPA. Los datos de Navarra, aparentemente, son buenos. Somos la cuarta CCAA con menos paro (7,72%) y, aunque ha crecido algo respecto al segundo trimestre, el porcentaje es aceptable. Pero si uno se pone a mirar esas cifras en detalle, se lleva sorpresas. Si analizamos (con los datos de la propia EPA) el número de asalariados del sector público, vemos que está en máximos, siendo ya más de 50.000 personas las que cobran su sueldo del Gobierno o entidades públicas. Si se siguen desmenuzando los números, estos asalariados del sector público suponen un 20,4% del total, cuando hace 3 años eran un 17,1%. Es decir, estamos acabando con el desempleo a base, en gran parte, de ocupar a la gente en el sector público. Nos estamos haciendo trampas en el solitario.

Acabáramos. Cómo no se nos había ocurrido antes. Hagamos a todo el mundo funcionario y terminamos con el paro. Esto ya se probó en el Este de Europa durante la segunda mitad del siglo XX y salió regular tirando a muy mal.

Ironías aparte, el crecimiento de asalariados del sector público en Navarra es exponencial y conlleva, claro, un crecimiento sideral del gasto de personal, que ya supone un

tercio del presupuesto de Navarra. Dejamos de destinar recursos a inversiones para dedicarlos a gasto. Lo contrario de lo deseable.

Las empresas nos digitalizamos, nos apretamos el cinturón y somos más eficientes. El Gobierno de Navarra crece y crece en gasto de personal. Personal, por cierto, al que el Gobierno es incapaz de controlar su horario, cosa que sí que debemos hacer las empresas privadas por ley.

Por otro lado, no nos cansamos de advertir que este gasto de personal es totalmente inelástico y que, en momentos de crisis, la administración no se ajusta como sí hacemos las empresas. El gasto se convierte en estructural, en permanente.

Con lo que la administración compite con las empresas privadas para captar trabajadores y gana. Paga más (esa es la verdadera brecha salarial), con unas condiciones respecto a horarios, jornadas, vacaciones más ventajosas y ofrece seguridad. "Pues que paguen más las empresas", suele ser la respuesta fácil. Las empresas privadas compiten (afortunadamente) por ofrecer productos y servicios buenos y baratos a nosotros, los consumidores, y sus márgenes están tremendamente ajustados. Miren sus cuentas de resultados. Pagan lo que pueden y les encantaría poder pagar más.

Así que estamos combatiendo el paro, en gran parte, contratando a gente para el sector público. Estamos compitiendo con las empresas por la captación de talento, engordando una administración cara que no podremos hacer más pequeña cuando lo necesitemos y poniendo, por supuesto, muchas más piedras en la mochila del contribuyente.

Álvaro Bañón



Álvaro Bañón Irujo. Profesor de la Universidad de Navarra y miembro de Institución Futuro